

CARACTERÍSTICAS, DEFINICIÓN Y ANÁLISIS DEL CONSTRUCTO INTERNALISMO/EXTERNALISMO DENTRO DE LAS TEORÍAS CONDUCTISTAS Y TEORÍAS DE LA PERSONALIDAD

La variable "locus/lugar de control" del refuerzo interno versus refuerzo externo de la conducta es al presente, finales del siglo veinte, una de las variables más estudiadas tanto en la psicología como en otras disciplinas (Rotter 1990). Rotter define brevemente locus/lugar de control interno versus externo como una variable de la percepción, atribución y expectativas que posee una persona sobre las contingencias que determinan la administración efectiva de premios y castigos. Esta teoría es esencialmente una teoría de campo en la que un área cognoscitiva personalmente significativa es el filtro a través del cual el medio ejerce su influencia sobre la conducta (Di Caprio 1992).

La dimensión de expectativa o creencia interna/externa fue formulada por primera vez en la revista profesional "Social Learning and Clinical Psychology" (Rotter 1954). La idea central es que el potencial de manifestación de una conducta específica por parte de una persona específica en una situación específica es una función de las expectativas que esa persona tiene de que dicha conducta brindará como resultado un refuerzo, meta u objeto específico del valor otorgado por esa persona al objetivo o meta en cuestión (Lebrón 1980). En ausencia de una valoración adecuada del objeto o de una expectativa razonable de conseguirlo en la situación específica dada, se minimizará el potencial de ocurrencia de la conducta.

De acuerdo con Lebrón (1980), Rotter no intentó investigar directamente la variable valorativa, pero desarrolló detalladamente la

variable expectativa, definiéndola con más precisión para ampliar su utilidad y posibilitar su medición. La variable expectativa vendrá a estar condicionada en cada situación particular por creencias generales existentes de manera previa (Rotter 1990).

Según de Diego-Vallejo (1990), la teoría postula que cuando una persona se considera causa de una conducta reforzante fortalecerá el potencial para repetirla, mientras que si no se considera agente causal del refuerzo, entonces es menos probable que se repita ese comportamiento. James (1958) y Phares (1957) confirmaron esta hipótesis concluyendo que las expectativas son más determinantes para la conducta de una persona que los refuerzos o castigos.

Para ser más específicos, este constructo de localización del control interno/externo fue realizado para generalizar unas expectativas respecto a los refuerzos en la conducta. Esto es, al percibir el refuerzo como contingente o resultado de nuestras propias conductas, a lo que llamaremos "control interno"; o como el resultado de "fuerzas" más allá de nuestro control debido al azar, probabilidad, suerte, poder o influencias de otras personas a lo que llamaremos "control externo" (Levenson 1981). Esto incluye las creencias relacionadas con la responsabilidad personal en torno a la consecución de objetivos, que vendrán a constituir una dimensión continua de la personalidad. Por un lado, se sitúa el externalismo, creencia en la importancia radical de factores aleatorios como determinantes de los refuerzos, frustraciones y circunstancias en las que vive la persona, y en otro el internalismo o creencia en la importancia de los propios esfuerzos para conseguir los objetivos propuestos (de Diego-Vallejo 1990).

Expectativas acerca del término control de la conducta

El control personal como experiencia tiene extensas implicaciones para la conducta humana. Sus efectos como una disposición duradera para las personas ha sido examinada por teóricos/as de la personalidad desde una perspectiva propia de un marco de las teorías del aprendizaje social y cognitivo (Gregory 1981, en Lefcourt, 1981).

El constructo localización del control de Julián Rotter es uno que toma mucho de los postulados principales de la teoría del aprendizaje (de Diego-Vallejo 1990). Muy en particular, los presentados por B.F. Skinner, quien desarrolló el paradigma referente al condicionamiento operante.

Skinner (1953, 1990) diferenció aquellas respuestas emitidas como resultado de estímulos conocidos de aquellas otras en las que no hubo estímulos aparentes u operantes. Es decir, el condicionamiento operante será el comportamiento que el organismo emite porque se le ha enseñado que haciéndolo (operando sobre el ambiente) obtendrá una recompensa o evitará un castigo. La recompensa vendrá a ser contingente a un comportamiento particular.

Según los principios de la teoría de Skinner, retomados y aplicados en la teoría de Rotter, la conducta puede ser controlada a través de programas de reforzamiento (Skinner, Chapman y Baltes 1988). La conducta deseada puede ser fortalecida si es recompensada al emitirse. La conducta no deseada puede disminuirse o debilitarse en la persona y/u organismo si al emitirse es seguida por un castigo o el retiro de una recompensa.

En el caso de la teoría de Rotter, en lo que se refiere a una teoría del aprendizaje social de la personalidad fue influenciada por el trabajo de Hull (1943). En su teoría, Hull ve la conducta como un potencial de reacción, un fuerte hábito y un impulso. La teoría de Rotter se focaliza en el potencial de la conducta y el valor de las expectativas y el refuerzo (Gregory 1981 en Lefcourt, 1981).

En el modelo de Hull (1943), la conducta dirigida hacia una meta es en parte una función de un impulso y puede ser considerada como una teoría de la motivación mientras que en el modelo de Rotter, la conducta dirigida hacia una meta es en parte la función de las expectativas y debe ser considerada como una teoría de las expectativas (Gregory 1981). Al incluir expectativas y el valor del refuerzo en el modelo, Rotter pretendió incorporar en su teoría nociones propias de las teorías de la personalidad de dos fuentes tradicionales de la psicología. Estas son del paradigma estímulo-

respuesta y de la influencia de las teorías de la cognición. Según Gregory (1981), las personas por un lado se esfuerzan para obtener recompensas o alcanzar resultados positivos debido a sus metas, pero por otro lado, luchan por evitar castigos o evitar resultados negativos de sus acciones. Dicha dicotomía ha sido de vital importancia en investigaciones relacionadas con expectativas de control. Aún así, las expectativas de control, sin duda, relacionan muchas áreas de la conducta humana clasificadas como positivas o negativas para el desarrollo de la persona (Gregory 1981).

Por otro lado, la relación de la teoría de Rotter, en lo que se refiere a rasgos de personalidad y la probabilidad de repetir o no una conducta puede verse respaldada en los planteamientos presentados por Dollard y Miller (1950). En sus estudios referentes a la agresión, estos investigadores presentan que una conducta o manifestación de hostilidad es precedida por algún tipo de frustración. La agresión puede ser expresada de manera directa, o por otro lado, si aprende que socialmente no es conveniente, será desplazada por otros medios o formas. Tal parece ser que estos autores relacionan síntomas psicopatológicos, como lo pueden ser respuestas psicóticas a través de diferentes procesos de aprendizaje.

Teorías de la atribución en la ejecución y la teoría de Rotter

La existencia de otros modelos teóricos respecto a la relación de control y poder entre la persona y el medio ambiente en el que se desenvuelve bien puede servir para tener una visión mayor de la teoría de Rotter. No se trata de complementar la misma, sino de examinar diferentes marcos de las teorías de personalidad y su relación con el constructo internalismo/externalismo.

Según Lebrón (1980), Alfred Adler fue el primero en contraponerse al determinismo biológico del modelo freudiano que registrando en la literatura el concepto dominio y lucha. Este concepto y el uso que de él hace Adler será un elemento importante en la dimensión internalidad/externalidad (Rychlak 1973).

Los conceptos de competencia y efectividad como elementos explicativos en un modelo motivacional fueron utilizados en el año 1959 por White. La motivación para actuar dependerá en cierto grado de la auto-percepción sobre la propia competencia para desenvolverse en la situación presentada (Lebrón 1980).

Según Seligman y Peterson (1986), estudios realizados en el área de la conducta animal demostraron que la reacción de un animal atrapado en una situación de la que no había escape posible era la de cesar en sus esfuerzos y entregarse rápidamente a la muerte. Con ello, se presume algún tipo de evaluación situacional realizada con animales que luego fueron apoyadas en estudios realizados con niños/as diagnosticados con trastorno de depresión (Seligman y Peterson 1986). Es decir, que este tipo de supuesto interpretativo es mucho más fácil de observar cuando los/as participantes del experimento son seres humanos. Esto permite la postulación de la existencia de una conducta evaluadora previa la ocurrencia de la conducta determinante, en cierto grado, de esta.

Otro teórico cuyos postulados pueden ser relacionados a los propuestos por Julián Rotter, lo vemos en la persona de Albert Bandura. Este investigador desarrolló una síntesis de conceptos propios de la psicología del aprendizaje y cognitiva.

De acuerdo a Bandura (1974), la mayoría de las conductas aprendidas son el resultado de moldeamiento por intentos de error o certeza. Aquí existen cuatro tipos de mecanismos: 1) Mecanismos de atención, donde se decide a quien imitar; 2) Mecanismos de retención, como lo puede ser la práctica de ensayo de las acciones de un modelo; 3) Mecanismos de ejecución, que son los relacionados a aquellos conceptos que uno desea ejecutar como conducta; y 4) Mecanismos de refuerzo, que son aquellos que no son necesarios para el aprendizaje (que es cognitivo), pero que influyen a lo que se le ha prestado atención, lo que necesita práctica o codificación y lo que se necesita expresar como conducta.

Dicho factor cognoscitivo en la conducta humana había sido desarrollado pocos años antes como un concepto teórico por George A. Kelly en el 1955 en su escrito "The Psychology of Personal

